

# Dar la vida por lo hermanos

El día 25 de este mes, con la Pascua del Enfermo, culmina en España la XXII Jornada Mundial que dedicada a las personas con enfermedad, comenzó el pasado 11 de febrero. En esta ocasión el lema ha sido ***“Fe y caridad: También nosotros debemos dar la vida por los hermanos”***, y sobre el mismo, el Papa Francisco se dirigió al orbe cristiano, a finales del año pasado, para hacer pública la presentación de dicha Jornada, con un Mensaje del que hemos entresacado y comentado algunas líneas.

Como viene siendo habitual desde que la Iglesia iniciara este tipo de Campañas dedicadas al mundo de la enfermedad, la Frater de la Diócesis de Madrid, sigue haciendo suyos, aunque con ciertos matices, los distintos Mensajes de Su Santidad en unos casos, y en otros, los que suelen emitir los obispos que para tal menester trabajan en la Conferencia Episcopal Española. Bien es verdad que no siempre nuestro Movimiento ha estado en total acuerdo con lo manifestado en los mismos, y que la inmensa mayoría de las veces, desgraciadamente repetidas casi todos los años, hemos tenido que asistir a una lectura paternalista de nuestra problemática de la que se deduce asimismo, una actitud pasiva del enfermo en el quehacer pastoral al que estamos llamados todos, y esto, desde luego, está muy lejos de la realidad que nuestro colectivo, representado por la Fraternidad, realiza desde sus inicios.

Por los motivos señalados anteriormente, queremos entender que ese *“...dar la vida por los hermanos”*, también se refiere al enfermo y no exclusivamente al “cuidador”, hecho este que prevalece en toda conversación que se precie, en relación con dicho tema, en el seno de la Iglesia. Fue Cristo, en su dolor, quien dio la vida por los demás, y nada o muy poco tuvieron que ver en ello los “espectadores” que contribuyeron a su ejecución o a mitigar esta.

El dolor y el sufrimiento tienen su sentido cuando el que los sufre, consciente, a pesar de todo, de su valía, por medio de las distintas manifestaciones del amor que el Padre le prodiga, los pone al servicio de los demás. No son solo los cuidados de otros los que propician este cambio de actitud ante una misma realidad, sino el sentirse recíprocamente activo e imprescindible, como el trabajo del otro, para el bien común de ambos. Es por ello que el Santo Padre dice: *“El Hijo de Dios hecho hombre no ha eliminado de la experiencia humana la enfermedad y el sufrimiento sino que, tomándolos sobre sí, los ha transformado y delimitado”*. Entendemos que esa transformación empieza en nosotros mismos y desde nuestra experiencia de vida se proyecta hacia el resto de hermanos. Así fue y así sigue siendo el carisma de la Fraternidad: la evangelización del enfermo por el enfermo. Creemos que no solo damos la vida física por los hermanos, también vamos dejando en el día a día, restos de nuestro caminar hacia el Padre en esta tarea mutua.

Los que llevamos muchos años asistiendo a esta bella experiencia fraterna que nace cada día en nuestro interior, estamos también acostumbrados a ver cómo unos y otros, metafóricamente hablando, “morimos” un poco cada vez que damos parte de nuestra vida en aras de un mundo mejor. Damos cariño, experiencia, sonrisas, alegría, amistad, y un largo etcétera que contribuye a que resucitemos teniendo una visión gozosa de cuanto Dios ha creado. Como también dice el Papa en otro momento de su Mensaje: *“La Cruz de Cristo invita también a dejarnos contagiar por este amor, nos enseña así a mirar siempre al otro con misericordia y amor, sobre todo a quien sufre, a quien tiene necesidad de ayuda”*. Y es que, efectivamente, ese amor de Cristo abraza al hermano con la misericordia que identifica el sufrimiento ajeno como propio, y no con la caridad mal entendida que nos han hecho creer, quienes han visto en este gesto no un acercamiento sincero y gratuito al prójimo, sino un acto egoísta de cara a una supuesta puntuación en el *ranking* de los elegidos.

Sí, no podemos amar a Dios si no amamos a los hermanos, y por tal razón, nosotros, los fraternos, intentamos ver más el rostro del Cristo resucitado que el del Cristo sufriente, en aquellos otros que están marcados por el rictus del dolor o deformados por las secuelas de la enfermedad, pero que siempre mantienen en el brillo de sus ojos el color de la esperanza.